



BIBLIOTECA

P0926


E3

P78

V.2

*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona,



El primo Basilio

(TOMO SEGUNDO)

VIII

¡Cuánto pesó á Luisa la soledad de su cuarto! Sentía impaciencia por prolongar la excitación de la tarde. Quiso leer, y arrojó el libro; las bujías encendidas en el tocador, la parecían tristes, y se asomó á ver qué noche hacía; estaba la atmósfera serena.

—Tráigame usted un chal: vamos á casa de doña Leopoldina—dijo á Juliana.

Llegaron y salió á abrir Justina, después de un buen rato, en camisa y despeinada. Parecía asustada.

—La señora fué á Oporto.

—¡A Oporto!

—Sí; estará allí quince días.

Luisa quedó contrariada; pero no quería volver á casa: la asustaba su cuarto solitario.

—Vamos un poco hacia abajo, Juliana, la noche está deliciosa.

Tomaron la calle de San Roque, y como guiadas por las líneas de puntos de gas que bajaban hasta la calle de Alecrim, llegaron al Hotel Central.

¿Estaría allí? ¿Pensaría en ella? ¡Si pudiese sorprenderle, arrojarse en sus brazos, registrar sus maletas!...

Entraron en la plaza de Camoens. La gente paseaba bajo la sombra de los árboles; cuchicheaba en voz baja sobre los bancos; bebía agua fresca; el brillo de las vidrieras de las tiendas rasgaba la obscuridad en torno, y el lento rumor de los coches se apagaba entre los agudos gritos de los vendedores de periódicos.

Un individuo con sombrero de paja, se acercó con tal intención que Luisa tuvo miedo.

—Es mejor que nos volvamos—dijo á Juliana.

En medio de la calle de San Roque, reapareció el sombrero de paja, rozando casi el hombro de Luisa, dos ojos aviesos la miraron.

Luisa andaba sofocada; el *tic tac* de sus botitas resonaba vivamente sobre el piso: de repente junto á San Pedro Alcántara, salió de debajo del sombrero de paja, una voz melosa y brasileña que la dijo junto al oído:

—¿Dónde vive usted niña?

Luisa asustada se cogió del brazo de Juliana.

—No se asuste usted niña!.. ¿Dónde vive usted?—replicó la voz.

—¡So sin vergüenza!—exclamó Juliana.

El del sombrero de paja desapareció seguidamente entre los árboles.

Llegaron á casa con la mayor rapidez. Luisa tenía ganas de llorar: se dejó caer en el confidente desolada. ¡Qué imprudencia, irse de paseo con una criada! No se conocía. Recordó el día desde por la mañana; el *lunch*, el champagne bebido entre besos, las libertinas delicias de Basilio... ¡qué vergüenza! Ir á casa de Leopoldina de noche y ser tomada por

una de las del Barrio Alto. De pronto se acordó de Jorge, trabajando en el Alentejo para ella, pensando en ella... Ocultó el rostro entre sus manos, se odió á sí misma y se le humedieron los ojos...

* * *

A la mañana siguiente, se levantó contenta. Sentía, sí, vago rubor de todas las tonterías de la víspera y como sensato pensamiento de que no debía volver al *Paratso*. Su deseo que la impelía á ir, la suministró razones: sería disgustar á Basilio. De no ir, debía romper... Además, la hermosa mañana atraía; había llovido por la noche, cedido el calor y en la luz y en el ambiente dulce frescura.

A las nueve y media bajaba por el Molino de Viento, cuando vió la digna figura del Consejero Acacio que subía la calle de la Rosa, lentamente con el quitasol cerrado y la cabeza enhiesta.

Se acercó en seguida y profundamente, inclinado, dijo:

—Feliz encuentro verdaderamente.

—¿Que tal Consejero? ¡Dichosos los ojos que le ven!

—¿Y usted, queridísima señora? La veo con buena cara.

La cedió la derecha solemnemente y echó á andar junto á ella.

—¿Me permite usted que la acompañe en su viaje?

—¡Con mucho gusto! Pero, ¿qué ha sido de usted? Tengo que refírle.

—Estuve en Cintra, querida señora. ¿No lo sabía usted? *El Diario de Noticias*, lo dijo.

—Pero, ¿y después de regresar de Cintra?

—¡Ah!—repuso el Consejero—he estado ocupadísimo, enteramente absorbido en la compilación de ciertos documentos indispensables para mi libro... cuyo nombre creo que no ignora usted.

Luisa no recordaba. El Consejero expuso el título, algunos nombres de capítulos y la utilidad de la obra: era la "Descripción pintoresca de las principales ciudades de Portugal y sus establecimientos más célebres."

—Es una *Guía científica*. Un ejemplo: quiere usted ir á Braganza, sin mi libro es natural y seguro que vuelva usted sin haber gozado de las curiosidades locales; con mi libro recorre usted los edificios más notables y atesora un fondo de ilustración al mismo tiempo que se deleita.

Luisa casi no escuchaba, sonriendo vagamente bajo su blanco velito.

—¡Qué día tan agradable!—dijo.

—¡Agradabilísimo!

—¡Qué fresco hace aquí!

Habían entrado en San Pedro Alcántara; suave brisa circulaba entre los árboles. El suelo compacto y sin polvo, mostraba aún ligera humedad y á pesar del claro sol, el azulado cielo parecía lejano.

Habló el Consejero del estío: había sido horrible. En su comedor notó hasta 48 grados á la sombra... ¡48 grados! Y añadió sencillamente para disculpar aquella exageración canicular.

—Está muy expuesto al sur, hagámosle esa justicia; pero hoy está delicioso verdaderamente mi comedor.

Invitó á Luisa á dar una vuelta por el jardín. Luisa dudaba y el Consejero sacando el reloj y mirándole de lejos, dijo que no eran las doce. Iba con el del Arsenal, y era reloj inglés.

—Preferibles en mucho á los suizos—añadió con aire convencido.

Fuerte y enervada por la voz pomposa del Consejero, fué bajando Luisa, contrariada, las escalerillas del jardín. Tenía tiempo, pensaba, y si acaso, tomaría un coche.

Sentáronse en un banco. A través de los árboles veían, bajando en declive oscuros tejados intercalados de patios, tapias con jardines y en el fondo el Paseo extendía su masa prolongada de follaje, viéndose á trozos pedazos enarenados. Más allá las fachadas de la calle Oriental, vivamente iluminadas, hacían brillar los cristales: más lejos aun se elevaban repechos verdes, cortados por muros sombríos como el de la Encarnación y otras construcciones especiales: hasta el alto de Gracia, cubierto de edificios religiosos con filas de ventanas conventuales y torres; la Peña de Francia más lejos dejaba ver su tapia solitaria en que sobresalía una tira verdinegra de arbolado. Sobre el escueto monte se asentaba firme el sucio castillo; la línea quebrada de los tejados y ángulos de las casas de Mouraria y Alfama, bajaba en bruscos recodos hasta las pesadas torres de Sé de aspecto secular. Luego se veía un trozo del río lleno de luz y dos blancas velas que pasaban lentamente; en la opuesta orilla y al pié de una colina baja se extendía la fila de caseríos de blanco vivo. Subía de la ciudad un rumor lento y grave en que se mezclaban el rodar de coches y carros, la vibra-

ción metálica de las carretas que conducían hierro y algún agudo grito de vendedor.

—¡Hermoso panorama!—dijo con énfasis el Consejero.

Comenzó el elogio de la población. Era una de las más bellas de Europa y su entrada sólo comparable á la de Constantinopla. Fué en tiempos célebre emporio y era lástima que la canalización no adelantara y fuera tan negligente el municipio.

—Esto debía estar en manos inglesas—exclamó.

Peró arrepentido de aquella frase antipatriótica, juró que era “un modo de hablar.” Quería la independencia de su país: moriría por ella si fuera preciso; ni ingleses ni españoles.

—Nosotros solos, señora—añadió don respeto— ¡y Dios!

—¡Qué bonito está el río!—dijo Luisa.

Acacio murmuró con voz grave:

—¡Oh! ¡el Tajo!

Dieron una vuelta por el jardín donde flotaban mariposas blancas y amarillas; el goteo del agua en la fuente hacía ritmo al jardín; predominaba el aroma de vainilla y sobre los bustos de mármol y los macizos de dalias se posaban los pájaros.

Gustaba á Luisa el jardín, pero la desagradaban las barandas tan altas.

—A causa de los suicidios—exclamó el Consejero —y aun en su opinión disminuían en Lisboa lo que atribuía á la manera severa y loable con que los condenaba la prensa...

—Porque en Portugal, créalo usted señora, la prensa es un poder.

—Si fuéramos andando...—dijo Luisa.

El Consejero se inclinó y viendo que ella iba á cojer una flor, la detuvo vivamente.

—¡Ah, señora!—exclamó.— Los reglamentos están

terminantes. No los infrinjamos. El ejemplo debe venir de arriba.

Fueron subiendo y Luisa pensaba:

—Va hacia su casa; llegaré hasta Loreto.

En la calle de San Roque vió el reloj de una confitería: eran ¡las doce y media! Basilio esperaba.

Apresuró el paso y paró en Loreto. El Consejero la miró sonriendo y esperó.

—¡Ah! Pensé que iba usted á casa, Consejero...

—No; quiero acompañar á usted si me lo permite. ¿No soy indiscreto?

—¡Oh! De ningún modo.

Pasó un carruaje seguido de un correo de gabinete.

El Consejero se quitó el sombrero con un movimiento ansioso.

—¡El señor Presidente del Consejo! ¿Le ha visto usted? Me hizo una seña.

Y comenzó su elogio. Uno de nuestros primeros oradores, talento vastísimo, lenguaje castizo.

Iba á hablar de política; pero Luisa atravesó hacia los Mártires, levantando un poco el vestido, á causa de un resto de lodo, y se paró sonriendo en la puerta de la Iglesia.

—Voy á hacer una devoción, y no quiero hacerle esperar. Adiós. Consejero—dijo cerrando la sombrilla y tendiéndole la mano.

—¡Cómo señora! Esperaré, no tengo prisa.—Y añadió respetuoso.—¡Es muy loable esa religiosidad!

Luisa entró desesperada en la iglesia y se quedó bajo el coro pensando: “Me estoy aquí, él se cansa de esperar y se va.” Había luz velada, igual. Las paredes blancas, la madera limpia del presbiterio y las balaustradas laterales de piedra, daban á todo una entonación clara, de la que se destacaban los dorados de las capillas, el fondo oscuro de los con-

fesonarios y sobre el dosel color violeta, el oro del altar mayor lucía un fresco reposado. Un chico limpiaba discretamente el piso con un balde de zinc al lado; espaldas de beatas cubiertas, se encorvaban aquí y allá y un viejo de chaqueta, rumiaba rezos de una melopea lúgubre; se veía su cabeza calva y las suelas enormes de sus zapatos y á cada momento se inclinaba golpeándose el pecho con fervor.

Luisa subió hasta el altar mayor. De seguro que Basilio se desesperaba. Preguntó con timidez la hora á un sacristán. El hombre levantó su cara color de limón hacia una de las ventanas y dijo, mirando de reojo á Luisa.

—¡Muy cerca de las dos!

¡Las dos! Era capaz Basilio de no esperar. Tuvo temor de perder su mañana de amor y un punzante deseo de hallarse en el *Paraiso*. Miraba confusamente á los Santos, á las Virgenes traspasadas con espadas, á los Cristos llagados, llena de voluptuosa impaciencia, viendo el cuarto, la camita de hierro, el bigotito de Basilio... Se aguardó, á pesar de todo; quería cansar al Consejero, obligarle á irse. Cuando calculó que no estaría, salió despacio. Le vió en seguida en la puerta erguido, con las manos atrás, leyendo las listas.

Empezó á alabar su devoción. La falta de religión era causa de la inmoralidad que corroía al pueblo...

—Es además de buen tono... Repare usted que toda la nobleza cumple religiosamente...

Se erguía satisfecho de bajar Chiado con una mujer tan hermosa y tan mirada. Al pasar junto á un grupo, se inclinó hacia ella misteriosamente, diciéndola al oído:

—¡Qué día tan hermoso hace!

La ofreció pasteles frente á casa de Baltreschi. Luisa rehusó.

—Lo siento; también á mí me gusta ser arreglado en mis comidas.

Su voz tenía la impertinencia de un zumbido; Luisa, á pesar de no hacer calor, estaba sofocada, y la picaba la sangre en el cuerpo. Tenía impulsos de echar á correr, pero andaba despacio, como una sonámbula, con ganas de llorar.

Sin motivo entró en casa de Valente; era la una y media. Dudó un poco, y pidió corbatas de foulard á un dependiente rubio y alegre.

—¿Blancas, de color, con motas?

—Veré.

No le gustaban, y miraba pálida en torno suyo. El dependiente le preguntó si estaba indispuesta, y la ofreció agua...

No era nada; el aire la haría bien y salió. Solícito el Consejero, se ofreció á acompañarla á una buena farmacia á tomar agua de azahar. Bajaban por la calle Nueva del Carmen, y el Consejero afirmaba que el dependiente era muy fino. No le admiraba, porque había en el comercio hijos de buenas familias, y citó ejemplos; pero viéndola callada:

—¿Aun se siente mal?

—No; ya estoy bien.

—Hemos dado un paseo delicioso.

Fueron á Rocío, hasta el fin, y volvieron atravesándola diagonalmente. Por junto al Arco de Bandeira se acercaron á la calle del Oso. Luisa miraba en derredor desconsolada, buscando un escape, y el Consejero seguía disertando gravemente á su lado. Junto al teatro de Doña María, se empinó hasta tratar cuestiones de arte dramático: creía que la pieza de Ernestillo era acaso demasiado fuerte. Por lo demás, sólo le gustaban las comedias. Y no era que no le entusiasmasen las bellezas de un *Fray Luis de*

Sousa; pero sólo cuando su salud le permitía las agitaciones fuertes. Por ejemplo...

Luisa tuvo una idea rápida.

—¡Ah, me olvidaba! Tengo que ir a casa de Vitry á que me empaste una muela.

Interrumpido el Consejero, la miró. Luisa le tendió la mano, diciéndole rápidamente:

—Adiós, hasta más ver.

Y se precipitó en el portal de Vitry.

Subió hasta el primer piso corriendo, recogiendo-se el vestido; se paró jadeante y esperó: bajó despacio y miró á la puerta... La figura del Consejero se alejaba erguida y digna.

Llamó un coche.

—¡A escapel—dijo.

El coche entró casi á galope en la callejuela del *Paraiso*. Gente asombrada se asomaba á las ventanas. Subió palpitante... La puerta estaba cerrada, y se oyó la voz dulce de la dueña, que decía:

—Hace media hora que se fué.

Bajó, dió sus señas al cochero, y arrojándose en el fondo del cupé, rompió en llanto histérico. Abrió las cortinillas, se arrancó el velo y rasgó un guante, sintiendo violentos impulsos. La acometió frenético deseo de ver á Basilio, y tocando en el vidrio, gritó:

—¡Al Hotel Central!

Estaba en uno de esos momentos que suelen tener los espíritus débiles de delicia rabiosa, por despedazar conveniencias y deberes, y en que el alma busca el mal con estremecimientos sensuales.

El tronco paró, resbalando en la puerta del hotel. Don Basilio no estaba, pero sí el señor vizconde Reynaldo.

—Bueno, á casa, ya sabe usted.

El cochero arreó. Irritada febrilmente, Luisa, insultaba al Consejero:

—¡Estafermo, imbécil!

Maldecía la hora en que le conoció y á los demás amigos de su casa.

En la puerta vió que no tenía cambio para el cochero.

—Espere usted; ahora se lo bajarán—dijo furiosa.

—¡Qué local! —murmuró el cochero.

Juana retrocedió al verla tan excitada. Luisa fué derecha á su cuarto: el *cuco* daba las tres. Estaba todo por arreglar: los tiestos en el suelo, el tocador cubierto con un trapo viejo, ropa suya por las sillas. Juliana, de pañuelo á la cabeza, barría, tarareando.

—Pero, ¿aun no ha limpiado usted el cuarto?—gritó Luisa.

Juliana se estremeció ante aquella inesperada cólera.

—Lo estoy haciendo, señora...

—Que lo hace, ya lo veo—replicó Luisa;—pero son ya las tres, y aun está esto así.

Había arrojado el sombrero y la sombrilla.

—Como la señora acostumbra á venir más tarde...

—¿Qué le importa á usted á la hora que vuelvo? Su deber es limpiar en cuanto me levanto, y si no lo quiere usted así, se le paga la cuenta y á la calle.

Juliana clavó en Luisa sus ojos, inyectados en sangre.

—¡Vaya, señora, que no aguanto más!

Y esparció con rabia la basura.

—¡Salga usted!—gritó Luisa. —¡Salga inmediatamente! ¡Ni un instante más en mi casa!

Juliana se puso delante, y dándose golpes en el pecho, dijo roncamente:

—¡Saldré, si quiero; sí, si quiero!

—¡Juana!—gritó Luisa.

Quería llamar á la cocinera, á un policía, á al-